

Viajeros en Rusia

Rusia es una esfinge. Feliz y triste al mismo tiempo.
Cubierta con su negra sangre,
ella te mira, te mira
Con odio y con amor.
...

Venid a nosotros. Abandonad los horrores de la guerra
y estrechad nuestros brazos.
Todavía hay tiempo para envainar la espada.
Camaradas, seremos hermanos.

Pero si nos rechazáis,
nada tenemos que perder.
Nosotros nos retiraremos
a nuestros tupidos bosques.
Y a la seductora Europa
mostraremos nuestro hocico asiático.
...

Por última vez os digo: cuidado, viejo mundo.
Al fraternal banquete del trabajo y la paz,
al claro banquete fraternal, una vez más
te invita mi lira bárbara.

Alexander Blok, "Los escitas"

Escrito en 1918, el poema de Blok es un deseo y una advertencia. Ellos, los rusos, tienen un rostro bárbaro y un cuerpo resistente que puede desafiar a Europa. Son "los escitas" a quienes se nombra con palabras que evocan sangre, carne devorada, bosques sombríos, lanzas y guerras. Pero esos bárbaros arcaicos han montado la escena de lo que puede ser un banquete de paz. Pueden salvar a Europa y, al mismo tiempo, salvarse. La relación de Blok con la revolución es compleja: no participa en ella, sino que revela sus contradicciones cotidianas: ¿cuánta ropa de niño puede coserse con la tela utilizada en los carteles donde se escriben las consignas?, se pregunta.¹ Trotsky escribió sobre Blok: "Sin duda, no es de los nuestros. Pero ha avanzado hacia nosotros. Y al hacerlo, se ha destrozado. El resultado de su intento es la obra más significativa de nuestra época. Su poema *Los doce* tendrá un valor permanente".²

¿Por qué comenzar con estas citas? Porque llegan de un escritor que no fue arrastrado por el ímpetu revolucionario pero que convivió con la revolución hasta que estallaron los conflictos y muchos terminaron en el drama del exilio, la prisión o la muerte. Ese territorio de "escitas" fue atravesado por los viajeros, figuras de intermediación entre Occidente y Rusia, hombres y mujeres que se ilusionaron o rechazaron lo que fueron a comprobar en la patria original del socialismo, una revolución fuera de lugar, porque su lugar teóricamente "natural" habría sido una región del capitalismo avanzado. Seguramente no leídos por los viajeros que llegaban a Petrogrado y Moscú, los versos de Blok les dan una vasta dimensión simbólica a

los acontecimientos políticos. Se trata, una vez más, de la redención de Occidente por los pueblos bárbaros. Sin duda, esta es una posible lectura “orientalista” de la revolución rusa por quien, como Blok, no era un revolucionario. El Oriente de Europa: la revolución fuera de lugar.

Una clasificación de estos viajeros a Rusia es difícil porque ser viajero implica una mezcla de diferentes puntos de vista, ideología y deseos, puntos ciegos y descubrimientos inesperados. Los viajeros pertenecen a una clase insólita: cuando su plan no se cumple, es posible que mejore en vez de disolverse. Dependen del azar. Tienen que ocupar varios lugares al mismo tiempo porque nunca pueden estar del todo seguros de que el punto elegido es el mejor ni el que, finalmente, permitirá la visión más significativa. El buen viajero es tan sistemático como improvisador. Tiene que gobernar un conjunto de contradicciones: no perder objetividad, pero tampoco obedecer sin más la prohibición de comprometerse con lo que está viendo; concentrarse en los hechos sin que eso signifique que los detalles o las grandes líneas de otros acontecimientos se borren de su campo. El viajero mira con los dos ojos, pero no siempre enfocados en paralelo: como diría Sartre, por un lado, se mira mirar y reflexiona; por el otro, mira el modo en que lo miran; finalmente mira un acto que se desarrolla ante él sin pasar por alto otro acto que se desarrolla a un costado, en la sombra del primero. El viajero tiene que saber moverse frente a lo que ignora o no domina del todo (comenzando por la lengua extranjera).

El viajero periodista

Imagínense estos requisitos en el escenario turbulento de una revolución en marcha. John Reed es un arquetipo que ha perdurado hasta hoy: el periodista viajero y comprometido. Con su compañera Louise Bryant, llegó a Petrogrado después de la abdicación del zar. Reed había cubierto la guerra europea, huelgas en Estados Unidos e insurrecciones campesinas en México. Sabía por lo tanto manejarse en situaciones abiertas y complejas. Tenía poco más de treinta años y había conocido el éxito.³ Formado en la urgencia juvenil del periodismo americano y de la gran crónica con opinión, Petrogrado fue un destino ideal.

Escribía, por supuesto, en primera persona, algo que solo se acepta de los consagrados o de los periodistas viajeros. ¿Por qué se acepta en ellos? Porque es el contrato de género, que certifica que, para hacer ese periodismo es imprescindible trasladarse al lugar de los hechos que van a ser narrados y ponerlo de manifiesto usando la primera persona del testigo. El viajero precede al periodista, aunque, para convertirse en viajero el periodista debió precederlo. Hacer la crónica presupone el viaje como fundamento de su verdad. En las

circunstancias de la guerra, el periodista viajero es un aventurero que traza las primeras líneas de lo que será Hemingway.

No es casual que el género sea de origen norteamericano. Hay varias razones. La primera es que en Estados Unidos se publicaban revistas y grandes diarios populares (Randolph Hearst ya había fundado su imperio y la izquierda dirigía periódicos de respetable difusión). Esta red de medios bien diferentes ofrece las condiciones de producción del periodista viajero. La segunda razón es la coincidencia de hombres y mujeres de izquierda, con educación universitaria, que trabajaban ya para grandes diarios populares, ya para publicaciones minoritarias y prestigiosas. John Reed y su compañera eran parte de ese grupo de escritores profesionales de historias verdaderas, que poco más tarde integró Hemingway. El periodismo de viaje y aventura confluirá, por un lado, con la gran literatura de la primera mitad del siglo XX; por el otro, con las demandas y necesidades de la prensa popular y las revistas ilustradas.

Importa que los hechos y el periodista ocupen materialmente el mismo tiempo y el mismo espacio. John Reed es el narrador *en vivo* de la revolución de octubre. Por eso, fue enterrado junto a la pared del Kremlin y honrado como un héroe. Lo que parece una casualidad excepcional para el destino de la crónica escrita por un extranjero es que estos datos interiores a la profesión coincidan con el acontecimiento más grande vivido desde 1789: la revolución de 1917. A veces la historia dispone sus cartas de modo fortuito. El periodista viajero norteamericano encontraba en Rusia un escenario a la altura de la transformación de los medios escritos en su país de origen.

John Reed es el primero de un estilo que llamaré ideológico-periodístico, que durará décadas. Es un estilo particularmente norteamericano, de los liberales y los progresistas de Estados Unidos. Como hoy Oliver Stone en el cine, antes de llegar ya se ha tomado partido, se trate de la revolución rusa o del castrismo en Cuba. No recusa ni oculta las bases ideológicas de su viaje ni la dimensión política de su crónica. Por esa razón, *Diez días que conmovieron al mundo* parece tan marcado por el anacronismo. Reed quizá lo supo: “Voy a contar una historia intensificada”, afirma, y, poco más adelante, “probablemente no haya en el mundo un pueblo tan conocedor de la Teoría Socialista y su aplicación práctica”. La hipérbole es necesaria para subrayar la novedad de un paisaje social en erupción, como si el caos que Reed describe en Petrogrado no fuera suficiente argumento de la novedad de su relato. “Todavía está de moda, después de un año entero de gobierno soviético, referirse a la insurrección bolchevique como una ‘aventura’”. Lo fue, y una de las más maravillosas en las que se comprometió la humanidad, que entró en la historia a la cabeza de las masas

trabajadoras, apostando todo a sus deseos grandiosos y simples”.⁴ La inexactitud de la hipérbole es evidente. Reed no recuerda, como lo hicieron tantos marxistas, la revolución francesa, ni habla de la superación triunfal de la Comuna de París. Como norteamericano, esa vieja historia europea no le interesa. Sabe que la insurrección no fue solamente bolchevique y, en muchas de sus páginas, se mencionan las otras fracciones, dirigentes y partidos. Sin embargo, el cronista viajero de la revolución busca simplificar las cosas. Su entusiasmo, en una obra escrita en 1919, no le hace temer el escrutinio de otros viajeros. En ese sentido, Reed se comporta como el americano progresista, más conmovido por el color local del acontecimiento que por la precisión de sus datos. Vive en estado de experiencia límite.

Pero revela con honestidad profesional sus fuentes: “Mucho del material de este libro viene de mis propias notas. También me he apoyado en un archivo heterogéneo de varios cientos de periódicos rusos, que cubrieron casi cotidianamente el período descrito, otro archivo de periódicos ingleses, el *Russian Daily News*, y los diarios franceses, *Journal de Russie* y *Entente*. Pero mucho más valioso es el *Bulletin de la Presse* publicado a diario por el Buro de Información Francés de Petrogrado...del que tengo un archivo casi completo desde la primavera de 1917 a enero de 1918”.

No sabe ruso. Pero acumula pruebas que son periodísticas notas de color: una muchacha burguesa que regresa indignada a su hogar porque la conductora de un transporte la había llamado ‘camarada’; la decisión de los mozos de restaurant de rechazar las propinas; los soldados de trinchera que, a la llegada de un desconocido, lo primero que preguntan es si traigo periódicos; la espera, todas las noches, por las noticias y proclamas impresas que llegaban a las esquinas (Reed subraya más el hambre de periódicos que la de quienes hacían fila para obtener media libra de pan o de azúcar). La revolución imprime y difunde: “La sed por educarse, tanto tiempo defraudada, explotó en un frenesí de expresiones. Solo del Smolny, durante los primeros seis meses, salían cotidianamente toneladas, camiones, trenes cargados de literatura, que saturaban todo el país. Rusia absorbe material de lectura como la arena hirviente es insaciable para el agua. Y no eran fabulas, ni historias falsas, diluidas en la religión y en la barata ficción de los corruptos, sino teorías económicas y sociales, filosofía, las obras de Tolstoi, Gogol y Gorki...”

Un año después, Bertrand Russell opina lo contrario. Es posible que, en esos doce meses, las guerras civiles y el hambre hayan afectado el florecimiento de la prensa. También es posible que Russell fuera un testigo más reflexivo y realista. Como sea, Russell afirma: “Pocos reciben los periódicos en sus casas; están apilado en los lugares públicos, y los que

pasan los miran de tanto en tanto. Hay muy poco para leer a causa de la escasez de papel; pocos libros y tampoco hay plata para comprarlos. No se ve gente leyendo”.⁵

Tanto como la radicalidad del proceso, a Reed lo fascinó el desorden, que es el color predominante de la excepcionalidad revolucionaria. Por esos rasgos dinámicos y nuevos, escritores como Somerset Maugham y H. G. Wells viajaron a Rusia, en 1920, para entrevistar a Lenin, un político que juzgaban a la altura de su prestigio literario. Y por eso mismo, el Foreign Office destacó varios especialistas en Petrogrado y Moscú, que eran el centro de un mundo donde se jugaba el desenlace de la guerra comenzada en 1914 y, sobre todo, el futuro. Sobre uno de ellos, Arthur Ransom, excelente escritor por otra parte, se ha discutido si sus artículos contemporáneos a la revolución pudieron provenir de alguien que también trabajó como informante. Somerset Maugham, además de novelista exitoso, fue agente secreto, otra forma, muy siglo XX, del viaje a Rusia. Ambos tienen una mirada afilada y un estilo impecable.

La de H. G. Wells es una extraordinaria visión de viajero. Llegó a Rusia para entrevistar a Lenin, pero no desperdició algunas notas de color. Entre ellas el breve y diestro retrato de un tal Vanderlip, comerciante o espía o financista o aventurero, con quien compartió una suntuosa residencia en Moscú. El misterioso Vanderlip parece una irónica anticipación de la NEP. Si Wells no terminó de averiguar las razones que lo llevaron a Moscú, es bien posible que Vanderlip haya sido la vanguardia de capitalistas europeos que apostaron a hacer grandes negocios en Rusia cuando las aguas se calmaran y el desabastecimiento mostrara su peor rostro: el de una materialidad indomable por las consignas, que condujo, en 1923, a una nueva política económica

Wells sabe ver. Las reglas de la crónica y del reportaje prevalecen sobre cualesquiera fueran sus ideas sobre el proceso. No se opone a la revolución, sino que examina las dificultades. Los obstáculos son el eje de su gran entrevista con Lenin, aunque su retrato del jefe bolchevique no es áspero. Wells se conduce como un etnógrafo a quien le importa dejar registrado lo que el sujeto dice más que lo que él mismo piensa sobre ese sujeto. Su crónica tiene una rara objetividad, que Lenin seguramente percibió en el escritor famoso que lo visitaba, y lo llevó a interesarse en las “impresiones rusas” de Welles. El viajero estaba a la altura del compromiso: las ciudades, hasta hoy, recibieron su forma del mercado (expone Wells ante Lenin), ¿qué hacer con ellas si el mercado va a ser destruido? A esa pregunta, el dirigente le ofrece su confianza en la electrificación, que es la forma técnica de la utopía social: “Lenin, que como todo marxista denuncia a los utópicos, sucumbió finalmente a una utopía, la de los electricistas. Un plan de desarrollo de grandes plantas que proveerán luz,

energía y transporte. Se han electrificado ya dos distritos. ¿Puede imaginarse un proyecto más audaz en una tierra vasta y plana cubierta de bosques y poblada por campesinos analfabetos, sin posibilidades de obtener energía hidráulica, sin destrezas tecnológicas y cuyo comercio e industria están dando sus últimos suspiros?”.⁶

Lenin seguramente no citó a Maiakovski, porque sus gustos literarios no coincidían con la vanguardia. Sin embargo, la electricidad como horizonte de grandes transformaciones es avistado por el jefe de los bolcheviques y por los artistas innovadores:

¡Acabaremos contigo, mundo romántico!
Basta de fe en el alma,
¡electricidad, vapor! ⁷

Viajera militante

Emma Goldman, la intelectual y militante anarquista norteamericana, no fue arrastrada ni por la pasión optimista de John Reed, ni por la distancia de los viajeros ingleses. Su viaje a Rusia (deportada desde Estados Unidos) tiene un prefacio donde, a la cabeza del tercer párrafo, como si fuera una indicación a los lectores para que sigan leyendo o abandonen allí mismo, afirma: “Encontré grotesca la realidad rusa, completamente diferente del gran ideal que me había sostenido en la cresta de una gran ola de esperanza”. Emma Goldman llegó a comienzos de enero de 1920 y abandonó Rusia en diciembre de 1921, con la impresión de haber pasado por una experiencia terrible. ⁸ Los bolcheviques “habían descartado sus falsas plumas” y “a los trabajadores se les había quitado el poder y colocado bajo el yugo del estado bolchevique”.⁹

La diferencia entre el progresista americano, gran cronista viajero, y la anarquista intelectual reside en que Reed no tenía un programa para la revolución, a la que miraba con los entusiasmados ojos de un testigo entusiasmado, pero también ignorante. Reed era un apasionado que desconocía las tradiciones políticas anteriores. Para él, la revolución era lo que decía ser. Goldman, en cambio, llegaba después de muchas batallas y un ilustrado debate de ideas entre el marxismo y el anarquismo. Sus trayectorias explican la distinta temperatura de sus reacciones. Pero el desenlace de los hechos interesaba a ambos de manera personal: era su batalla. Esta cercanía afectiva los diferencia de los observadores británicos, fueran escritores o miembros del Foreign Office, que cultivaban un elaborado distanciamiento. La excepción entre los británicos fue, por cierto, Bertrand Russell, que viajó con una delegación del Partido Laborista.

Por otra parte, *Diez días que conmovieron el mundo* se ocupa de las primeras semanas de la Revolución. Después de ese breve primer período, como todo periodista viajero, Reed volvió a su país para escribir la crónica que lo hizo célebre. Emma Goldman no había decidido viajar a Rusia, sino que la embarcaron deportada. Y llegó a Petrogrado a comienzos de 1920. Reed describe la destrucción de un orden aristocrático, el momento fáustico de la revolución. Emma Goldman llegó cuando el paisaje ya era otro: “Encontré Petrogrado casi en ruinas, como si un huracán lo hubiera barrido. Las casas y calles, desiertas y sucias, sin vida. La población de Petrogrado antes de la guerra alcanzaba los dos millones; en 1920 había disminuido a quinientos mil. La gente se movía como cadáveres vivos; la escasez de comida y de combustible desangraba la ciudad; una muerte melancólica había anidado en su corazón”.¹⁰

La deportada anarquista (una forma dolorosa e impuesta del viaje político), en los primeros meses, ni siquiera pudo encontrar a sus camaradas. Son políticos bolcheviques quienes le informan sobre la insurrección de Makhno en Ucrania.¹¹ Goldman desconfía de las noticias que recibe sobre esa sangrienta insurrección campesina. A diferencia de John Reed, no es una viajera entusiasta, sino reflexiva.¹² Décadas de conflictos entre marxistas y anarquistas son un fundamento inexpugnable de su cultura. Cada uno viaja con su equipaje de creencias; es posible cambiarlas, pero solo en el caso de viajeros sensibles a las diferencias entre el propio punto de vista y el paisaje natural o social que está conociendo. Ya en los años treinta, tales viajeros sofisticados no son excepcionales.

Goldman no solo registra lo que puede entusiasmarla. También menciona a las desdichadas prostitutas de Petrogrado, “un grupo de mujeres amontonadas para protegerse del frío... Se vendían por una libra de pan, un pedazo de jabón o de chocolate. Los soldados eran los únicos que podían pagar este precio porque tenían raciones suplementarias”.¹³ Aunque no experimenta una hostilidad sectaria frente a la revolución, atiende particularmente a los escenarios de escasez y de desigualdad. Ve la miseria en las colas del abastecimiento y conoce los privilegios de que gozan algunos de los grandes hombres y los funcionarios: el departamento oscuro del viejo Gorki y el lujoso de Radek, donde se sirve una “cena magnífica que parece extraña en Rusia”.¹⁴ Esos contrastes que le significan no la proximidad de una igualdad utópica sino la temprana construcción de una burocracia. En Moscú, sus visitas a Lunacharsky le confirman que la burocracia soviética ya estaba en condiciones de interrumpir o llevar al fracaso sus mejores proyectos. Los apparatchiki son “un puño de hierro, una máquina”.

Los viajeros se cruzaban. Es inevitable, porque casi todos ellos eran huéspedes e interlocutores de funcionarios o se desplazaban en delegación. En 1920, Goldman se encontró con John Reed, cuando este regresó a Rusia, más convencido que nunca de que había que seguir la línea dura de militarización del trabajo. Reed hablaba como un convencido que, además, no estaba en condiciones de juzgar precisamente aquello que él había contribuido a difundir en el mundo. Goldman reseña también un encuentro con Bertrand Russell quien “rápidamente mostró su independencia y su decisión de investigar con libertad y aprender la realidad de primera mano” (75).¹⁵

Una pregunta clave indica la profundidad de la experiencia de Goldman: “Esos comunistas con los que hablaba diariamente durante seis meses, gente sacrificada, concentrada en su trabajo, hombres y mujeres que profesaban un alto ideal ¿eran capaces de la traición y los horrores que se les atribuía? Zinoviev, Radek, Zorin, Ravitch y tantos otros que conocí ¿eran capaces, en nombre de un ideal, de mentir, difamar, torturar y matar?”.¹⁶ La cuestión, como se ve, no tardó en evidenciarse incluso para quienes llegaron a Rusia con alguna esperanza. Frente a esta disyuntiva, dos posiciones posibles: la de Reed, que es el oficialismo disciplinado por la teoría de la necesidad; y la de Goldman o Russell, cuyas expectativas se midieron contra aquello que se ponía ante sus ojos.

Bertrand Russell, que había llegado como comunista (lo declara en el primer párrafo de su libro), sobre el final de su visita, concluye: “De todo esto se ha construido un Sistema dolorosamente parecido al gobierno del Zar, un sistema que es asiático en su burocracia centralizada, su servicio secreto y su atmosfera de misterio oficial y de terror. En muchos sentidos se parece a nuestro gobierno en la India. Como ese gobierno, pretende representar la civilización, la educación, la salud pública y las ideas occidentales de progreso”. Algunos principios fundamentales en Occidente, por los que lucharon también comunistas y obreros, son en Rusia consideradas obsoletos o solo posibles en un futuro lejano. Lenin se lo explicó con fría claridad a Emma Goldman: “La libertad de expresión es, por supuesto, una noción burguesa. No puede haber libertad de expresión en un periodo revolucionario”.¹⁷

Hay dos Rusias: la de la promesa y la del pesado imperio de la práctica revolucionaria; la de la cultura violenta del poema de Blok y la del horizonte utopista que predice que la revolución se extenderá hacia Occidente, ese espacio que, según la teoría, debió ser su verdadera cuna.

Disciplina o desencanto

Los comunistas que viajaron a Rusia antes o en el par de años inmediatamente posteriores a la revolución de octubre pertenecen a una categoría especial. Son militantes de partido o periodistas militantes. Llegaron con una doble misión: informar y juzgar de acuerdo con las expectativas fantasiosas o realistas de su espacio ideológico de origen. Reafirmar sin contradecir.

Rodolfo Ghioldi viajó a Rusia en 1921, cuando ya una fracción del Partido Socialista de Argentina se había separado del tronco originario para tomar el nombre de Partido Comunista, apoyar la revolución de octubre y solicitar la admisión en la III Internacional. En agosto y octubre de 1921, Ghioldi publicó dos notas en el periódico del partido argentino.¹⁸

Ghioldi era un dirigente de primera línea, pero sus observaciones son de una tediosa banalidad. No percibe sino aquello que, de antemano, sabe que debe ver en la patria del comunismo. Considera el viaje a Rusia como el viaje “a la libertad” y tal es la fuerza del escenario adonde arriba que, aunque no sabe una palabra de ruso, cree escuchar, en la entonación de un discurso de bienvenida, la descripción “de los titánicos esfuerzos del proletariado ruso que, a pesar de todos sus dolores y sufrimientos, continuaba con heroica serenidad y firmeza su obra redentora”. La lengua de cliché, que será el burocrático destino de la revolución de octubre, prevalece sobre cualquier discernimiento. Se repiten palabras evocadoras de la fe religiosa más que de la política. Casi innecesario agregar que el Partido Comunista de Argentina es aceptado en la III Internacional y seguirá siendo prosoviético puro y duro hasta el XX Congreso celebrado, en 1956, después de la muerte de Stalin.

Este tipo de viajero militante carece de las condiciones de John Reed para observar lo concreto y tiene, en cambio, su parecida adhesión a la línea general bolchevique. Con Ghioldi es imposible capturar el color de la revolución vivida. Pero su testimonio explica el seguidismo imperturbable de los comunistas argentinos alineados con Rusia. El militante solo puede ver lo que debe ver. Es el viajero políticamente correcto respecto de la “línea general” moscovita.

Lo contrario sucedió con los enviados por el Partido Socialista francés (que aún no había cambiado su nombre por el de comunista). En septiembre de 1917, su diario *L'Humanité* destacó en Petrogrado al periodista Boris Kritchovski, un emigrado ruso llegado a Francia tres años antes, que en un artículo aparecido el 25 de octubre de 1917 diagnostica: “Dos peligros acechan a la Rusia actual: la invasión alemana y la anarquía. Todo cuanto he visto y oído desde mi llegada me hace pensar que el peligro interior es superior al otro”.¹⁹

Los viajeros franceses, cuyas crónicas publica *L'Humanité*, se inscriben en el campo de conflictos que el avance de la revolución provocaba en el campo del socialismo.

L'Humanité dejó de publicar las notas de Kritchevski, que, en 1919, recopiló sus crónicas con el título *Hacia la catástrofe rusa*. Cerró así sus intervenciones varias veces censuradas por los socialistas franceses, pero quedó abierto, por largas décadas, un problema: ¿qué puede pasarse por alto durante una revolución? ¿cuáles son los derechos fundamentales que deben ser preservados incluso en épocas excepcionales? ¿todos, amigos y enemigos, son sujetos de derecho?

Al presentar el caso Ghioldi, poco importante desde una perspectiva mundial, y el caso Kritchevski, que sucede dentro de un gran partido, las preguntas no parecen simplemente arcaicas, sino que atravesaron las décadas en las que millones consideraron a Rusia la patria del socialismo. La historia sigue todavía abierta.

Bien podría pensarse que un inesperado capítulo de esa historia es el viaje del grupo *Tel Quel* a China, donde los lectores de esos carnés de viaje, comenzando por el de Roland Barthes, quedan atónitos frente a una duda: ¿era posible ver China en esos años sesenta? ¿Cuánto puede ver un viajero si desconoce una lengua, una cultura, una política? El error es tan posible como el deslumbramiento. Pasó con Cuba y, más recientemente, con Venezuela.

Final con Benjamin

El período que he considerado se extiende entre los meses anteriores a la revolución de octubre y la muerte de Lenin en enero de 1924. Es una decisión que tuvo en cuenta las condiciones del viaje y que, por cierto, no aspira a proponerse como periodización. Pero a su favor podría decirse que, durante esos breves años, muchos viajeros distinguidos pudieron hablar con los dirigentes bolcheviques, incluido Lenin, Trotski y Lunacharski. La NEP, en 1922, traza la maqueta de un capitalismo de estado. Antes, ya se había firmado la paz de Brest-Litovsk y la consiguiente fundación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (el nombre que tendrá esa región del mundo hasta su desmembramiento). Los viajeros de estos primeros años son los adelantados de una tropa internacional de “amigos de la paz y el socialismo” que llegará a Moscú y Petrogrado bajo Stalin. Pareció mejor separar al innumerable contingente de los viajeros posteriores de estos primeros que fueron la avanzada hacia el horizonte social y político abierto en 1917: viajeros exploradores del nuevo orden sorprendente e inédito.

Sin embargo, un querido viajero queda fuera del primer pelotón de visitantes: Walter Benjamin que llegó a Moscú en diciembre de 1926 y estuvo allí hasta fin de enero de 1927. A Benjamin parece interesarle poco la dimensión política. Se comporta como un miniaturista y un enamorado. Observa las artesanías y va a los teatros y al cine. Ve *El acorazado Potemkin*

y, ya de regreso, señala el genio de Eisenstein para poner en escena las masas en movimiento.

²⁰ Visita a Asia Lacis y conversa con unos pocos conocidos. Compra algunos objetos curiosos, juguetes, artesanías. Benjamin no es un viajero político. Como suele sucederle, mira otras cosas. Es alguien incondicionado, es decir alguien que rechaza un rol atribuido por la ideología y, quizá por esto, puede ver el futuro inmediato. En el final de su artículo sobre Moscú escribe sobre el culto a la imagen de Lenin: "...tiene dimensiones increíbles. Hay un negocio donde esta se ofrece como artículo especial en todos los tamaños, materiales y posturas. Está como busto en todos los 'rincones de Lenin', como estatua de bronce o relieve en los clubes más grandes, como busto en tamaño natural en las oficinas, como pequeña foto en las cocinas, en los lavaderos, en las despensas. Está colgada en el vestíbulo de la Oruzheynaya Palata, la armería del Kremlin, de igual modo que los paganos conversos colocan la cruz en un lugar otrora profano".²¹

La mirada melancólica de Benjamin es anticipatoria. Sobre el culto a la imagen correrán ríos de tinta, y no solo de tinta, en las décadas siguientes.

kindle¹ Primer poema de "Doce" (revista web *Descontexto: Arte/Política/Cultura*; traducción de Miguel Muñoz Herrera).

² *Literatura y revolución*, vol. I, Ruedo Ibérico, 1969, p. 82

³ Reed nació en Oregón en 1887. Estudió en Harvard. Sus primeras publicaciones aparecieron en *The Masses*, periódico al que confluían anarquistas y socialistas. En 1914, Reed cubrió la rebelión campesina de Pancho Villa. Más tarde, estuvo en Europa durante la segunda guerra mundial. Véase "Discovering John Reed" en: *Howard Zinn on History*, Seven Stories Press, 2000, www.thirdworldtraveler.com.

⁴ Las citas de *Ten Days that Shook the World* fueron tomadas de la edición Kindle, A Public Domain Book. En todos los casos, la traducción me pertenece.

⁵ Bertrand Russell, *The Practice and Theory of Bolshevism*, Perennial Press, ed. kindle. Las traducciones, en todos los casos, me pertenecen.

⁶ H.G. Wells, "The Dreamer in the Kremlin" (1920), en <https://thecharnelhouse.org/2012/12/the-dreamer-in-the-kremlin-hg-wells-interviews-lenin-1920>.

⁷ V. Maiakovski, "150.000".

⁸ "On the night of December 21, 1919, together with two hundred and forty-eight other political prisoners, I was deported from America" (Emma Goldman, *My disillusionment in Russia*, New York, Doubleday, Page and Company, 1923, p.20). Goldman, casada con el americano Alexander Berkman, que le transfirió esa ciudadanía

por casamiento, fue privada de sus documentos en un largo proceso que comenzó en 1909 y terminó con su deportación.

⁹ E. Goldman, *My Disillusionment...*, cit. p. 7.

¹⁰ E. Goldman, *My Disillusionment...*, cit., p. 26.

¹¹ Meses después, Goldman visita Ucrania y recoge la “verdadera historia” de Makhno, declarado bandido y perseguido por los bolcheviques porque no obedeció la orden, impartida por Trotsky, de desarmar a su gente (E. Goldman, cit., cap. 11).

¹² Goldman se encuentra con John Reed, al que no duda de calificar como comunista: “Otro comunista que vi con frecuencia durante las primeras semanas fue John Reed. ... Había estado en Rusia durante las jornadas de octubre y esta era su segunda visita. Como Shatov, Reed repetía que los lados oscuros del régimen bolchevique eran inevitables. Creía con fervor que el gobierno soviético superaría sus estrechas fronteras partidarias y que, rápidamente, fundaría un Commonwealth comunista”.

¹³ E. Goldman, cit., p. 29.

¹⁴ E. Goldman, cit., p. 38.

¹⁵ E. Goldman, cit., p. 75.

¹⁶ E. Goldman, cit., p. 85.

¹⁷ E. Goldman, cit., p. 50.

¹⁸ Sobre el Partido Socialista, su conversión en Partido Comunista y la biografía política de Rodolfo Ghioldi, véase: Horacio Tarcus (director), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007, pp. 251-56. Sylvia Saïtta realiza un informado estudio de los viajes a la revolución rusa, la china y la cubana, que figura como prólogo a su selección de viajeros: *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007. Véase además “Tren estación cielo”, también de Saïtta, en: *Estudios de Teoría Literaria Revista digital*, año 2, nro. 4, 2013 Facultad de Humanidades / Universidad Nacional de Mar del Plata.

¹⁹ La cita y el resto de la información proviene de: Christian Jelen, *La ceguera voluntaria. Los socialistas y el nacimiento del mito soviético*, prólogo de Jean-François Revel, Barcelona, Planeta, 1984. Se trata de un libro tan documentado como violentamente opositor a la revolución rusa.

²⁰ La espléndida nota de Benjamin es una precursora defensa estética del filme que había sido ruda y torpemente criticado por Oskar A.H. Schmitz. Ambos artículos fueron publicados en *Die Literarische Welt*, marzo 1927. El artículo de Benjamin puede leerse completo en el segundo tomo de las *Gesammelte Werke*.

²¹ W. Benjamin, “Moscú”, *Denkbilder. Epifanías en viajes*. Selección y prólogo de Adriana Mancini; trad. Susana Mayer con la colaboración de A.M., Buenos Aires, Cuenco de Plata, 2011. p. 74.